

Queridos Amigos y Amigas:

Se acerca ya mi segunda Navidad en Africa. Estos días he estado mirando con cuidado el relato que nos hace Lucas en el Evangelio de la Natividad (Lc. 2,1-52); esta mirada me llevaba a constatar que quizá nunca como antes había disfrutado tanto de este relato; no me había sentido anteriormente tan sensiblemente cercano a esta experiencia de Belén. Esto ha sido posible porque por primera vez vivo entre pastores y pastoras; este año de convivencia con los nómadas del desierto Samburu me da la posibilidad de acercarme diferentemente a ese acontecimiento navideño que sucedió hace veinte siglos en un pueblecito no muy lejano geográficamente, cultural y religiosamente a este en el cual vivo ahora. Algo de lo que he descubierto en la contemplación de la Navidad aquí en este mundo pastoril samburu quisiera compartírselos como saludo de Navidad.

"... en la región había pastores que vivían en el campo y que por la noche se turnaban para cuidar sus rebaños" (2,8)

No había estado antes en mi vida en contacto con pastores; sabía un poco de los famosos "vaqueros" al estilo película del oeste; o de los cuidadores de ganado en las grandes haciendas de los terratenientes allá en Colombia. Ahora, en la misión de Barsaloi los encuentro a diario; desde que llegué aquí comenzó a impactarme la figura de estos pastorcitos y pastorcitas, niños y niñas quienes durante el día, y algunas veces en la noche, (cuando saben que ronda el león) están al cuidado de sus rebaños de chivos, corderos y camellos. Los Samburu, tribu de origen nilótico, son pastores seminómadas, cuya subsistencia depende exclusivamente de la leche, de la carne y de la sangre de sus ganados; ése es su gran tesoro! a causa de las prolongadas sequías no pueden cultivar nada o casi nada, solo algo de pasto. Establecen una relación impresionante de cercanía y de cuidado con sus animalitos; con qué amor los cuidan y están todo el día pacientemente al lado de ellos para guiarlos adonde hay mejores pastos; para conducirlos a la "Laga", concentración de agua que dejan los pocos días de lluvia al año, debajo de la arena; algo así como lo que tan hermosamente nos describe el Salmo 23. Al convivir ahora con estos pastorcitos y pastorcitas, puedo entender mejor porque Jesús se llama a sí mismo "Pastor" (Jn.10,1-30); y esto, de verdad, me ha sobrecogido! La cercanía ambiental, geográfica y cultural con el mundo bíblico que vivo aquí en este rincón del África subsahariana enriquece mucho mis estudios de Evangelio, en especial, éste de Navidad. Ahora puedo imaginarme con mayor plasticidad a los pastores de Belén, los cuales, nos dice Lucas, fueron los primeros en acercarse al pesebre; ahora sé de qué mundo vienen y quizá cómo sería su encuentro con José, con el niño, con María. Ahora puedo entender un poco más los dos sentimientos de miedo y alegría que Lucas describe en ellos, (2,9-10)

"...pero el angel les dijo: no teman, porque yo vengo a comunicarles una Buena Nueva que será motivo de mucha alegría para todo el pueblo" (2,10)

El anuncio que reciben los pastores de las afueras de Belén, nos dice el relato, les produjo "un miedo enorme"; es el sentimiento normal que tienen al notar que algo raro, algo extraño estaba sucediendo a su alrededor; es el miedo ante lo inesperado, ante la idea de que algo va a pasar a sus rebaños. Es el mismo miedo que encuentro entre estos pastorcitos y pastorcitas samburus cuando presienten la llegada del león o del Leopardo venidos desde la montaña selvática de Maralal, en busca de sus animalitos. Ellos son hombres y mujeres placidos, tranquilos, sonrientes; al pasar en el Jeep de la misión, (el único vehículo que circula por estos lugares), salen inmediatamente a regalarnos con sus sonrisas, y con ellas nos refrescan; sonrisas limpias, transparentes, que lo son precisamente porque provienen de hombres y mujeres cuyas vidas están centradas en pocas cosas,